

# CLARO JOSÉ FERNÁNDEZ CARNICERO: LA INTELIGENCIA Y LA PALABRA

ANDRÉS JIMÉNEZ DÍAZ (\*)

---

(\*) Letrado de las Cortes Generales.

En el momento mismo en que se me planteó la posibilidad de escribir unas líneas acerca del que fue mi gran amigo y compañero, Claro Fernández Carnicero, pensé en abordar su rica personalidad intelectual y humana a través de los temas y asuntos que, me consta, le preocupaban y motivaban singularmente, haciendo más vivo y profundo cualquier debate que pudiese mantener con él al respecto.

En la aproximación a los asuntos que importaban a Claro, he de acudir necesariamente a la vivencia personal, de la que extraer el recuerdo de tantas y tantas conversaciones sostenidas con él que, sólo por la altura intelectual que les imprimía, devenían auténticos debates en los que, muy frecuentemente, las posiciones eran encontradas pero siempre atemperadas por la amistad sincera que nos unía.

Si he de destacar un asunto que ocupaba a Claro Fernández Carnicero, éste era, sin duda, España. Desde sus hondas raíces manchegas, Claro amaba profundamente España y sentía con pesar los avatares de los últimos años que intentan poner en cuestión su unidad territorial. Sin embargo, la pasión de Claro por España no era la del centralismo que ignora la diversidad de nuestra patria. Por el contrario, Claro Fernández Carnicero conocía y tenía en muy alta estima, por ejemplo, la cultura de Cataluña, donde había vivido varios años ejerciendo como Inspector de Hacienda, antes de aprobar la oposición de Letrado de las Cortes Generales.

Aflora en mí el recuerdo de sus palabras siempre elogiosas hacia Dionisio Ridruejo, del que encomiaba la actitud favorable al uso de la lengua catalana durante unos años en los que mantener esas

posiciones exigía gran valentía. Viene a mi memoria, igualmente, la narración de su encuentro con Josep Pla, generador de anécdotas que Claro Fernández Carnicero contaba con la socarronería inteligente y bondadosa con que a veces sazónaba su discurso.

Pero la comprensión de la diversidad nacional no restaba ni un ápice de su amor por España. Los múltiples viajes realizados mientras fue Director de Relaciones Parlamentarias del Congreso de los Diputados, le permitieron conocer multitud de países y comparar los países conocidos con el nuestro, constatando a veces con dolor lo que aquí nos faltaba para alcanzar los niveles de calidad cívica de los más próximos a nuestro entorno. Con todo, su actitud crítica hacia ciertos aspectos de la vida española, no impedía la emoción que le embargaba ante la riqueza artística de nuestro país, la variedad de su paisaje o su peripecia histórica.

He destacado ya el arraigo de Claro Fernández Carnicero en la tierra manchega en la que había nacido y en la que reposa. Claro se sentía muy vinculado a sus orígenes y volvía frecuentemente a su pueblo, donde gustaba de pasar algunas temporadas, rememorando el tiempo pasado que había transcurrido, precisamente, en esa tierra. Ese amor por La Mancha constituía también uno de sus temas favoritos. Cuando se trataba de evocar la infancia en el querido pueblo toledano de Lillo, lo procedente era escucharle y disfrutar del relato que comprendía siempre la reseña de personajes que se dirían sacados de El Quijote, como una suerte de trasunto del ingenioso hidalgo.

Donde mi recuerdo se mantiene más nítido es, en efecto, en el ámbito de la descripción de personajes rurales que Claro nos ofrecía. Nunca olvidaré el retrato de ciertos individuos que habían poblado su infancia y que vivían en Lillo con el acomodo del hidalgo aposentado, disfrutando de la parsimonia de la vida rural con breves incursiones en el ejercicio de una profesión (médico, veterinario...), nunca tan intensas como para perturbar la dulce monotonía de los días transcurridos en el lugar de la mancha donde Claro había visto la luz.

Oyendo tales disertaciones, era fácil advertir que en las palabras de Claro había una fuerte nostalgia por el tiempo perdido y por los

personajes que lo habitaron. En realidad, siempre he sospechado que sus frecuentes retornos a Lillo no eran más que un intento de recuperar ese tiempo ya fenecido.

Claro Fernández Carnicero era, además, un apasionado lector y bibliófilo. La literatura era una pasión que nunca dejó de cultivar. Aunque sus lecturas eran múltiples y variadas, constantemente volvía a la literatura. Sus sugerencias de nuevas lecturas eran siempre bien recibidas y en el grupo de amigos se disfrutaba especialmente con el intercambio de los últimos hallazgos literarios que Claro compartía con nosotros.

Pero con mucha mayor intensidad que cualquiera de nosotros, Claro amaba el libro en sí mismo. Eso hacía de él un comprador casi compulsivo de libros, actuales y antiguos. La búsqueda de estos últimos lo convertía en un personaje habitual y, por tanto conocido, de ciertas librerías de viejo con fuerte sabor barojiano, a las que acudía sin propósito determinado, en ocasiones por el mero placer de respirar el olor del papel sobre el que ya han pasado los años y tocar la obra que otros muchos antes que él habían tocado y que, finalmente, acababa en su abarrotada biblioteca.

En su actitud hacia los libros no había nada de fetichismo, ni su intención era la de acumular libros especialmente valiosos en el mundo de la bibliofilia. Lo que le movía era su inmensa pasión por la palabra de la que el libro es el vehículo por antonomasia. Claro Fernández Carnicero adoraba la palabra, el discurso, la comunicación, la verdadera comunicación, en definitiva.

Durante los meses previos a su fallecimiento, en los que su condición física no estaba ya a la altura de su inmensa pasión por la vida, la conversación con amigos disipaba cualquier estado sombrío al que su mermada salud le hubiese llevado. Sentado en torno a una mesa bien servida, de amigos más que de viandas, su ánimo se transformaba y aparecía el hombre locuaz e inteligente que era, el infatigable animador de debates en los que primaba su palabra, capaz de diseccionar cualquier asunto que se pusiese sobre la mesa.

En esta apresurada evocación de los recuerdos que Claro Fernández Carnicero nos ha legado, no puedo dejar de mencionar una nueva imagen que me asalta, relacionada otra vez con su adoración por la palabra. En numerosas ocasiones tuve el placer de asistir con Claro y otros amigos a diversas funciones teatrales. En aquellos casos en que la obra nos había impresionado especialmente, todos intentábamos hacer el análisis y la loa del espectáculo que acaba de terminar con diversos argumentos. Él siempre cerraba el elenco de elogios afirmando: “La palabra, es el poder de la palabra”. En rigor estaba todo dicho, porque al finalizar una obra de Chejov o de Shakespeare, lo que nos había conmovido era la fuerza de las palabras magistralmente hilvanadas por esos autores.

He dejado para el final, sin que ello suponga en absoluto orden de prelación, el último de los temas propios de Claro Fernández Carnicero. Se trata de la religión, puesto que éste era un hombre profundamente religioso pero siempre dispuesto al debate que se le propusiera sobre ello.

Debo reconocer que siempre he encontrado un especial placer en suscitar esa conversación con él en tono crítico, seguro como estaba de que Claro encontraría sobrados argumentos para desmontar mis objeciones a la lectura del último discurso papal o de algún otro documento similar. Otras veces se trataba simplemente de comentar un texto bíblico y, en ese caso, Claro esgrimía una capacidad de exégesis que siempre me asombraba. Sin embargo, en la balanza en que se pesan fe y razón, él optaba por primar la primera y tenía la humildad de reconocer que había cuestiones que ni siquiera una inteligencia tan incisiva como la suya podía desentrañar.

Claro Fernández Carnicero nos ha dejado muchos y muy gratos recuerdos de su amistad, siempre pronta a expresarse. De entre todos ellos he querido destacar los vinculados con aquellas cuestiones en las que él ponía especial pasión y en las que brillaba singularmente su inteligencia y la intensidad de su palabra que nunca más escucharemos.

Descanse en paz.